

ANTONA. Sacaranla
mis venganzas de su nido. (Salen.)
ANTONIO. Todos huyen.
ANTONA. ¡Ah, sebosos!
ANTONIO. La puente han acometido
los reyes, y entran triunfando.
Salgamos á recibirlos.
ANTONA. Señores, los que me escuchan:
todo cuanto agora han vido
es hestoria verdadera

de privilegios y libros.
Esto es solo la metade;
y el poeta que lo ha escrito
guarda para la otra media
muchos casos pelegrinos.
Si quieren ver en qué para
la Antona de Toro, aviso
que para el segundo tomo
desde luego los convido.

COMEDIA FAMOSA

LA PEÑA DE FRANCIA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

DON JUAN II, rey.	FERNÁN ALONSO.	DOMINGO, pastor.
DON ENRIQUE, infante.	UN EMBAJADOR.	PAYO, <i>idem</i> .
DON PEDRO, <i>idem</i> .	PADILLA, criado.	ELVIRA, serrana.
DOÑA CATALINA, infanta.	BENAVIDES, <i>idem</i> .	MELISA, <i>idem</i> .
DON GONZALO.	UN ALCAIDE.	UNA GUARDA.
EL CONDE DE URGEL.	CELIA, dama.	UN PAJE.
DON DIEGO.	TIRSO, pastor.	GUARDAS.
RICARDO, viejo.	MARTÍN, <i>idem</i> .	UNA VOZ.
SIMÓN VELA.	CRESPO, <i>idem</i> .	

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Salen SIMÓN VELA, de estudiante, con un Arte de Antonio (de Nebrija) en la mano, y RICARDO, viejo.

RICARDO. Dos años, sobrino, habrá
que llevó á tu hermana Opia
el cielo, que luz la da,
dejándote larga copia
de hacienda, que aumentará
tu industria, tomando estado.
Pues Dios, Simón, te ha dejado
sin padres, ¿no es ya razón
que procures sucesión
á la sangre que te han dado?
Ya tu edad las flores pasa
de la adolescencia tierna,
y la juventud que abrasa;
treinta años tienes, gobierna,
sobrino, tu hacienda y casa,
que tu flojedad me espanta.

SIMÓN. Sin razón te maravillas.
RICARDO. Los pensamientos levanta.
SIMÓN. Sí, ¿pero con qué costillas
podré llevar carga tanta?

Que tienes razón confieso,
pues mi edad obliga al seso;
pero, tío y señor, ¿cómo
siendo la carga de plomo
podré sufrir tanto peso?
¿Agora quieres que entienda
en los pensamientos vanos
que la ambición encomienda?
¿Agora me atas las manos
con los lazos de la hacienda?
¿Grillos á los pies me pones,
de tantas obligaciones,
cuando librarne entendí?
¿Qué delito hallas en mí
que me cargas de prisiones?
Goza la hacienda que aprestas
y por mía manifiestas;
porque entregarme el poder
de estado y casa, es querer
echarme la casa á cuestras.
Ya mi poca habilidad
te consta, y que no he podido
desde mi primera edad,
aunque desvelo el sentido,
saber la latinidad;
ocho años ha que estudiando
gramática, estoy cansando

los ojos, sin que haya parte que pierdan de vista al *Arte*, y en los pretéritos ando. Si en ocho años, pues, no sé lo que un niño en medio sabe, ¿de qué manera podré sustentar el peso grave que á tus hombros confié?

RICARDO. Poco importa eso, sobrino; que por diverso camino reparte el cielo en las gentes ciencias y artes diferentes. No te quiere Dios latino; mas, en otros ejercicios querrá, que honrando tu tierra, des de tu caudal indicios. Valor se gana en la guerra, hacienda en cargos y oficios; no todos tienen de ser soldados, ni han de querer cursar las escuelas todos. Estados hay de mil modos, el hidalgo, el mercader, el religioso, el letrado, el rey, el duque, el pastor, el Pontífice, el soldado, el esclavo y el señor, el rico y el despreciado, todos, por modo diverso, hacen un compuesto verso de la máquina que ves; porque la variedad es adorno del universo. En fe de lo que te quiero, porque en mi vejez prolija descansar contigo espero, te has de casar con mi hija, que aunque primos, si primero viene la dispensación de Roma, con sucesión noble, si juntos vivís, tendré nietos en París que estime nuestra nación. Esto es lo que te conviene.

SIMÓN. ¿Qué, con tan grandes cuidados, cielos, el dinero viene?

(En un bufete se descubren tres fuentes de plata; en la primera está un libro y un bonete con borla colorada; en la segunda broquel y una espada desnuda, y en la tercera un peso y una vara de medir.)

RICARDO. Estos son los tres estados que el mundo en más precio tiene; las letras, sobrino, son éstas; si apetece letras (que te causen confusión) y sus misterios penetras honrarás su profesión; que bien puedes ser casado y juntamente letrado, interpretando las leyes que Emperadores y Reyes escritas nos han dejado.

(Enseñale el primer plato.)

Casi sin número son los que han ganado opinión y renombre soberano en ellas, un Justiniano

Bártulo, Baldó, Gersón, y otros mil, por quien confieso que dura la paz propicia y enfrenan cualquier exceso; porque son de la justicia los que gobiernan el peso. Mas, ¿por qué dirás, sobrino, que en balde para la ciencia con mis consejos te inclino? Pues natural impotencia tienes, toma otro camino; ejercicio más barato te ofrece el plato segundo.

(Muéstrasele.)

con que intento hacerte el plato: las armas dan en el mundo honras de real aparato. Este estado noble toma, que altivas cervices doma; verás que sólo por él gozó César el laurel que oprimió el cuello de Roma. Si valor tu pecho encierra para empresas de importancia, que el miedo torpe destierra, Carlos Octavo de Francia marcha contra Ingalaterra; sal con su gente en campaña, defiende su Flor de Lis de las armas de Bretaña; porque triunfes en París célebre con tanta hazaña; que cuando la escala arrimes y en poco la vida estimes premiará el Rey tus trabajos, pues suelen soldados bajos subir á cargos sublimes. Mas si te lleva á otra parte tu pacífica costumbre, y conoces inclinarte, conforme tu mansedumbre, más á Mercurio que á Marte, en este plato repara, Simón, que es ciencia más clara y su ganancia en exceso. No es de justicia este peso,

(Enseñasele.)

no de justicia esta vara; pero es de mayor codicia ésta con que medir ves sus medras á la avaricia; que la vara de interés tuerce la de la justicia. Por solo este plato precia sus dueños Italia y Grecia, y por ella valen tanto, que al mundo han causado espanto, las dos, Génova y Venecia. Si este estado seguir quieres los príncipes de más nombre harán cuanto les pidieres; que ya el más presumido hombre adula á los mercaderes. En fin, de estos tres estados puedes despacio escoger el de menores cuidados; mas ha de ser tu mujer

mi hija.

SIMÓN. Así son doblados.

RICARDO. Es moza noble y honesta; considéralo, y apresta el gusto y la inclinación á la mejor profesión porque me des la respuesta. (Vase.)

ESCENA II

SIMÓN.

Dejado me han en tres platos las armas, letras y tratos con que vive el mercader, y todos de la mujer son verdaderos retratos. Las letras, porque ellas son tan sabias para engañar que atropellan la razón y obligan á idolatrar las ciencias de Salomón. Las armas, por ser extrañas en el mundo las hazañas con que atropellan rendidas, Troyas en Asia, encendidas, y mal ganadas Españas. El peso y vara, es la vida de su codicia fingida; porque la mujer más cara suele al medir de una vara dar los gustos sin medida. Letras habré menester para que no me contrasten ardidés de su favor; mas, ¿qué letras hay que basten ¡cielos! contra una mujer? Armas, para que defienda el honor, costosa prenda; porque el hombre que se casa, si tiene al ladrón en casa, justo es que guarde su hacienda. Escudo, porque ande armado de la paciencia en que fundo el gobierno de su estado; que no hay mártir en el mundo que sufra lo que un casado. Y por conservar el seso, he menester vara y peso con que pese, á mi pesar, las joyas que le he de dar á este extraño contrapeso. Pues si tanto es menester para un casado, Dios mío, ¿quién sufrirlo ha de poder? no permitáis que mi tío me dé bienes y mujer. Notable sueño me ha dado; ¿no es bueno que me ha cansado no más que el imaginar que me procuran casar? Mas, de casado á cansado ya una letra solamente: ¡libre el cielo de mi cuello el yugo que lo consiente! Mas quiero dormir: sobre ello veré si me es conveniente,

que, en fin, es perfecto estado entre todos el casado. Mas si el casamiento fuera de veras, ¡cielos! ¿qué hiciera, pues que cansa imaginado? (Duerme sobre una silla y oye una voz que dice dentro.)

VOZ. Vela, Simón.

SIMÓN. (Despierta.) ¡Santo cielo! O alguna imaginación me inquieta con tal desvelo, ó dijo: «Vela, Simón» una voz. No; imaginélo; que lo que el alma recela tal vez en sueños desvela. Dejádme, cuidados tristes, ya que de tropel venistes, este rato.

(Vuelve á dormirse y vuelve la voz.)

VOZ. Simón, vela.

SIMÓN. ¿Otra vez? Sin duda el cielo, como en mis provechos anda, para aliviar mi recelo, agora velar me manda: voz misteriosa, ya velo. De aquí sé, que ha menester velar, quien ha de escoger esposa de honesto nombre; que no es bien que duerma el hombre cuando ha de elegir mujer. El dormir fué desacierto; despierto escucho y advierto lo que mandas, voz sagrada. ¿Ninguno me dice nada? Pues no me quieren despierto. Si imaginación no ha sido la que me desvela así, voz que á inquietarme has venido, di lo que quieres de mí que velandó estoy dormido. (Duerme y vuelve la voz y despierta.)

VOZ. Simón, vela...

SIMÓN. ¿Hay tal instancia?

VOZ. (1) Y si esposa de importancia quieres hallar, santa y bella, sal de Francia, y fuera de ella, busca la Peña de Francia, y vela, Simón.

SIMÓN. (Levántase.) Si haré. Quien tan buenos sueños sueña bien es que durmiendo esté. ¿Mujer me han de dar de Peña? ¡Qué dura esposa tendré! Más buena debe de ser, pues guardará así el decoro que el honor ha menester; que no la ablandará el oro si es de Peña la mujer. Mas, ¡ay promesas risueñas de esperanzas halagüeñas que imposibles han de ser,

(1) En el original no dice que sea la Voz la que pronuncia esos versos; pero el descuido fué corregido en la impresión del siglo XVIII, hecha por D.^a Teresa de Guzmán. En el ms. 15.632 de la Bib. Nac. también consta la lección que adoptamos.

pues si es peña la mujer
dávivas quebrantan peñas!
Mas si me promete el cielo
una esposa de importancia,
velando en este desvelo,
salgamos, Simón, de Francia.
¡Adiós París, patrio suelo!
¡Adiós bienes con cautela!
que este estado me consuela,
libre de hacienda y pesar.
¿Dios me ha mandado velar?
Llamaréme Simón Vela.
¡Adiós mundana arrogancia;
laberinto en que me ofusco,
donde triunfa la ignorancia,
que fuera de Francia busco
desde hoy la Peña de Francia! (Vase.)

ESCENA III

Cúbrese la mesa de platos y sale DOÑA CATALINA,
Infanta, con un papel abierto, y CELIA.

CATALIN. Ya tengo escrito el papel
al Infante y mi delito;
también mi vergüenza ha escrito,
pues va declarado en él.
Pero el ciego amor impele
al alma que teme y arde;
el aconsejarme es tarde;
dame la hostia y cerrárele;
quedara mi desacierto,
con mi atrevido cuidado,
dentro del papel, cerrado,
y dentro del alma, abierto.
Celia, acaba; la hostia venga.

CELIA. El iacre fuera mejor.
CATALIN. No tiene iacre mi amor
aunque mi fama le tenga.
Ve por la hostia mientras yo,
leyendo esta breve suma,
miro si escribió la pluma
lo que el alma la dictó. (Vase Celia.)
(Lee.) «Esta noche ó nunca, Infante.»
Breve y compendioso está,
pero es filósofo ya
en el hablar un amante.
Que vaya así determino;
porque vergüenza y temor,
cuando comienza el amor
le notan de vizcaíno.
Extraña resolución
tenéis, intentos livianos;
sirvenme (aunque son hermanos)
los Infantes de Aragón.
Mas quiere amor que en mi medro
hoy el alma sacrifique
al mayor, que es don Enrique,
y olvide al menor, don Pedro.
Vituperarame el mundo;
pues una Infanta se allana
hoy á un hombre, siendo hermana
del Rey don Juan el segundo.

(Sale Celia con una escribanía.)
CELIA. Aquí está la escribanía.
CATALIN. El papel cierre mi mengua
donde callando la lengua

hable sola la osadía. (Ciérrale.)

CELIA. Toma el sello.
CATALIN. Conocello
podría alguno por él,
y si es tercero el papel
bien puede sello sin sello.
Déjale, que con razón,
si impresas en él están
las armas se correrán
de Castilla y Aragón:
Sin ellas amor rapaz
quiere que el papel escriba,
porque al Infante reciba
(puesto que es guerra) de paz.
Dame por él un punzón.

(Dásele y pica la cerradura.)

CELIA. ¿Pues por qué le picas tanto?
CATALIN. ¡Ay, Celia! porque otro tanto
me ha picado el corazón
Don Enrique; no me impidas
que á quien tiene de hablar
mis faltas, desee matar
y dé infinitas heridas.
Llámame á Padilla, el paje,
que á don Enrique le lleve.
Mas quien á tanto se atreve
digna es de cualquier ultraje.
Déjale, porque no sea
testigo de tanto error;
que traza dará mi amor
de que el Infante la lea.

ESCENA IV

Sale un PAJE.—DICHA.

PAJE. La Reina, señora, llama
á Vuestra Alteza.

CATALIN. Querrá
salir fuera.

PAJE. No, que está
algo indispueta en la cama,
y quíerese entretener,
señora, un rato con vos.

CATALIN. ¿Mala está? ¡Válgame Dios!
Vamos, que la quiero ver.
(Aparte.) ¡Ciego dios, niño gigante,
pues que sabéis enredar,
trazad como pueda dar
este papel al Infante! (Vase.)

ESCENA V

Salen DON ENRIQUE Y DON PEDRO.

PEDRO.

Mi hermano eres mayor y así respeto,
Enrique, tu persona.

ENRIQUE.

No hagas cuenta
de edad, ni de hermandad, cuando indiscreto
usurparme mi amor, el tuyo intenta.
¿Tú servir á la Infanta?

REY.
Obedeceros quiero,
aunque juzgo á rigor esa extrañeza.
¿Infante?

LOS DOS.

¡Gran Señor!

REY.

Don Pedro digo.

PEDRO.

A tu servicio estoy.

REY.

Venios conmigo.

(Vanse los dos.)

ESCENA VII

DOÑA CATALINA Y DON ENRIQUE.

ENRIQUE.

No sienten tanto el verse atormentando
las almas tristes, que del fuego hambriento
son perpétua materia y alimento,
mi pecho entre sus penas retratando,
como el saber que han de vivir penando
del modo que mi altivo pensamiento;
y que ha de ser eterno aquel tormento
sin que de su descanso llegue el cuándo.
¿Cuándo, señora, pues, mi pecho tierno
podrá librarse de esta pena fiera
que mi tormento juzga por eterno?
¿Hasta cuándo queréis que por vos muera?
Mirad que es una imagen del infierno,
quien sin saber el cuándo, un cuándo espera.

CATALIN. La paciencia en la tardanza
convierte el acero en cera,
y algo espera, quien espera
el cuándo de su esperanza.
Y pues le estáis esperando,
primo, no desesperéis
que, cuando menos penséis
hallaréis el cómo y cuándo.

ENRIQUE. Con favor tan soberano
ya espera mi fe animosa,
con el título de esposa,
vivir.

CATALIN. Este es vuestro hermano,
adiós.

ESCENA VIII

Sale DON PEDRO.—DICHO.

PEDRO. ¿Pues cómo, señora,
viendo lo que amándoos medro,
os vais?

CATALIN. ¡Oh, infante don Pedro!
Tengo de escribir agora
á Aragón y es fuerza acorte
esta merced, y me parta:
adiós.

PEDRO. Si por esa carta

PEDRO.

Estás sujeto
á tu poca razón, y no me afrenta
tu lengua, aunque arrojada desatina.

ENRIQUE.

¿Tú amar la Infanta doña Catalina?

PEDRO.

Yo amarla, pues ¿no soy como tú Infante,
hijo de don Fernando, rey Primero
de Aragón? Y si pasas adelante
como tú, ¿no soy nieto del tercero
Enrique de Castilla? Di arrogante,
si, como tú á la Infanta sirvo y quiero,
¿soy menos noble yo? ¿soy menos hombre?
El rey don Juan, de primo me da nombre;
Con mi hermana la Reina está casado,
y dos hermanos tengo, que en la silla
de Aragón y Navarra, me han dejado,
como á ti, posesiones en Castilla.
Don Pedro, Infante de Aragón, me ha dado
por nombre España ¿qué te maravilla,
si á la hermana del Rey por dama elijo?
¿Nieto de reyes soy, de reyes hijo!
Goza tu estado Enrique, enhorabuena,
y no lo quieras todo; sobre el pecho
traes la cruz que los bárbaros refrena;
Maestre de Santiago el Rey te ha hecho;
Marqués de Medellin y de Villena
te llama el mundo, que te viene estrecho.
Tuyo es Trujillo; déjame esta dama
que sé que te aborrece y que me ama.

ENRIQUE.

¿Que sabes que te ama y me aborrece?
¿Cómo puede eso ser, soberbio, loco;
si ha un mes que mis servicios agradece,
estimando el amor con que la invoco?

PEDRO.

Si el estado que así te desvanece
te obliga á que me estimes en tan poco
agora lo verás.

ENRIQUE.

¡Cobarde, espera!

PEDRO.

¡Si no saliera el Rey!...

ENRIQUE.

¡Si no saliera!...

ESCENA VI

Salen el REY y la INFANTA.—DICHO.

CATALINA.

Poca es la calentura; en Dios espero
que no vendrá á ser nada. Vuestra Alteza
se vuelva.

REY.

Yo he de ser vuestro escudero.

CATALINA.

Queda sin vos la Reina, y no es fineza
dejarla sola.

me dejáis, yo pago el porte.

(Al entrarse, atxando los dos las partes del tapiz, la dice al oído don Enrique lo que sigue y ella respondiéndole deja caer en el suelo un guante y vase.)

ENRIQUE. El cuándo estoy esperando que mi esperanza ha de ver cumplida. ¿Cuándo ha de ser?

CATALIN. Buscad y hallaréis el cuándo. *(Vase.)*

ESCENA IX

DON ENRIQUE Y DON PEDRO.

ENRIQUE. Un guante se le cayó; alzaréle y gozaré este favor.

(Cógente los dos.)

PEDRO. Suéltale, si no pretendes que yo suelte el nudo de tu vida.

ENRIQUE. No me provoques, Infante; suelta el guante.

PEDRO. Suelta el guante.

ENRIQUE. ¿Que un parentesco me impida castigar tal desacato?

Más mi justo enojo crece; suelta el guante y agradece, don Pedro, que no te mato.

PEDRO. Suéltale tú, no publique mi agravio algún hecho cruel, que te cortaré con él esa mano, don Enrique.

ENRIQUE. ¡Cielos! ¿Esto oyendo estoy?

PEDRO. Venga el guante entero ó roto, que por no hacer alboroto dándote muerte me voy.

(Pártese por medio y llévase don Pedro la mitad.)

ESCENA X

DON ENRIQUE.

No harás, aunque te dé el viento alas, que mi amor te sigue, bárbaro, porque castigue tu atrogante atrevimiento. Pero ¿adónde voy, dejando la dicha que hallar colijo? La Infanta, al partir, me dijo: «buscad y hallaréis el cuándo». Ya los ojos van buscando, como justicia al ladrón, el cuándo; su posesión verá mi esperanza verde; porque quien el cuándo pierde también pierde la ocasión. Vos, medio guante, habéis sido de mi naufragio el piloto, tesoro que en saco roto mi esperanza ha enriquecido. Pues partido, sois partido de mi esperado favor, no sequéis mi dicha en flor; mas ¡ay cielos! que sospecho que como estáis tan deshecho se ha de deshacer mi amor.

Medio guante he granjeado y no será mal remedio si por ser medio, es el medio de mi amoroso cuidado; mi pródigo desgarrado de manirroto lo estáis; mas, no lo sois, pues premiáis mis amorosos enredos en vez de manos á dedos, que á dedos el bien me dáis. Si bien en esta ocasión mil veces dichoso he sido, pues entre ellos me ha cabido el dedo del corazón.

Bolsa que rompió el ladrón, sacando lo que tenía, me parecéis, prenda mía; ó, según dejado os han sois casa, que por San Juan, la deja el huésped vacía. Una hermosa mano y palma fué el alma que el ser os dió; mas, como cuerpo, os dejó muerto sin forma y en calma; pues que sois cuerpo sin alma, quien no os sepulta es cruel; en mi pecho entrad, que en él sepulcro os tengo labrado; mas no estáis muerto que he hallado una alma, en vos, de papel.

(Saca del medio guante la mitad del papel que escribió la Infanta.)

No hay escrito en lo rompido sino parte de un renglón: ¿tuvo mayor confusión jamás, humano sentido? Breve la respuesta ha sido. ¿Qué teméis recelo amante? Con sólo verle delante sin leerle estoy temblando. Mas sepamos de este cuándo la respuesta. *(Lee.)* «Nunca, Infante. ¿Nunca, Infante? De esta suerte la respuesta está aquí entera de mi cuándo. ¡Ah, letra fiera! nunca yo llegara á verte. Sentencia de vuestra muerte es esta, ocasión perdida; no hay apelación que impida el nunca que rehusáis; que, porque nunca muráis, un nunca os dan de por vida. Nunca *(ruego al cielo santo)* fenezca este nunca eterno, porque al nunca del infierno mire el nunca de mi llanto; nunca se acabe el encanto que hechiza este nunca cruel, pues porque nunca haya en él, sino un nunca que llorar, nunca tengo de olvidar el nunca de este papel.

(Vase.)

ESCENA XI

Sale don Pedro y saca el otro medio guante y medio papel.

Medio guante, en vos elijo de Salomón la sentencia, en la civil competencia de las dos madres y el hijo. Pues si partir el Infante mandó, en aquella ocasión, yo, imitando á Salomón, el papel partí y el guante. Mi herencia sois, cara prenda; pues, al fin de enojos vanos, Enrique y yo, como hermanos, hemos partido la hacienda. Celos me abrasan el pecho por ver con tanto favor premiar mi competidor, pero, yo gozo el provecho. Que, si por tan vario modo, la mitad vine á heredar, seguro podré esperar, pues llevo la parte, el todo. A lo demás tengo acción, pues merecí en mi poder este papel, que ha de ser mi carta de obligación. Quiero verle, que aunque esté en dos piezas dividido, en la que aquí me ha cabido algunas letras leeré. Y el temor que me alborota, con celos que me rodean las entenderá, aunque sean razones de carta rota. Nueve letras solamente hay en él. ¿Qué es esto cielo? Cubierta el alma de yelo peligros que ignora siente. «Esta noche», y media O mal escrita y destrozada hay no más; ó es C ó no es nada; rota por medio quedó; sin duda que no escribió más al que su amor contrasta destá noche, que esto basta, y para mi muerte sobra; que el amor, puesto por obra, poca retórica gasta. Esta noche hay sólo escrito en todo ese roto pliego; mas será el caballo griego que trae oculto el delito. Como las letras de Egipto, son las que celoso escucho que hablan poco y dicen mucho. Letras, ¿qué queréis decir? Acabad ya de parir este monstruo con quien lúcho. Dirá que esta noche espera insultos con que amor crece, y que esta noche le ofrece aumentar mi pena fiera; pero, aunque con tal quimera hace á su amor plato franco, si Enrique el papel en blanco

llevó, mi dicha se alegra, porque en esta noche negra tengo de dejarle en blanco. Esta noche he de gozar con nombre y traje fingido el bien que amor me ha ofrecido, saldramé encuentro este azar. Una escala he de llevar, á sus rejas, y el favor dado á mi competidor tengo de hurtar disfrazado; que todo lo que es hurtado dicen que sabe mejor.

(Vase.)

ESCENA XII

Salen el REY, DON GONZALO DE ESTREMEIRA, FERNÁN ALONSO Y UN PAJE.

REY. Don Gonzalo de Estremera, Fernán Alonso, templad la lengua mordaz y fiera; que no sé si es lealtad el hablar de esa manera. Mirad que no sea pasión la que os ciega la razón; no digáis tal de mi primo don Enrique, que le estimo como á Infante de Aragón. De mis reinos desterré á Ruiy López, el que fué objeto de mi favor un tiempo, y como á traidor sus estados confiscó; y advertid que no quisiera que por tomar del venganza, en fe de tanta quimera, del cielo de mi privanza á tierra por vos cayera. Pues para que califique su crédito y le publique por inocente y leal, basta que me digáis mal agora de don Enrique.

GONZALO. Vuestra Majestad advierta que solamente á los dos decir esto nos despierta la lealtad, la ley de Dios y el ser cosa ya tan cierta. En Tordesillas entró un año ha, y con mano armada de vuestro palacio echó toda la gente granada, y luego se apoderó del Reino y vuestra persona, llevándoos hasta Escalona, aunque libre, como preso. ¿No será indicio este exceso que aspira á vuestra corona? Si vuestra Alteza no huyera de Escalona á Talavera, y don Alvaro de Luna, con armas y gente alguna, al encuentro no os saliera, ¿estábades muy seguro de alguna urgente desgracia? Serviros siempre procuro;

en vuestro favor y gracia
estoy, pero conjeturo
de aquí, que ya no se mira
si no es con desprecio ó ira
en palacio la lealtad.
¡Quiera Dios que mi verdad
no se cumpla y sea mentira!
Con la Infanta, mi señora,
celebrar bodas pretende;
como es vuestra sucesora,
porque heredaros entiende,
viéndoos sin hijo agora;
y si sus hermanos son
de Navarra y Aragón
reyes, gran señor, ¿quién duda
que pidiéndoles ayuda
nos pongan en confusión?
Con Ruy López se cartea,
que está en Valencia, y desea
volver á la dignidad
que impidió su deslealtad.

FERNÁN. Vuestra Majestad nos crea;
y, pues la ambición le abrasa,
ponga á sus intentos tasa;
que echándole de Castilla,
asegurará su silla
y echará al ladrón de casa.
REY. Basta; yo de Enrique sé
que es vasallo muy leal
y he examinado su fe.

GONZAL. Señor...
REY. Nadie me hable mal
de él, porque me enojaré.
¿Don Diego?

PAJE. Señor.
REY. (Aparte.) Yo quiero
salir contigo á rondar
de mi palacio el terrero,
dando á cuidados lugar;
prevenme un casco de acero,
rodela, capa y espada.
¿Cuándo ha de ser?

PAJE. A la una.
REY. que es hora más sosegada.
Voy.

PAJE. Don Alvaro de Luna
REY. no ha de saber desto nada.
(Vanse el Rey y el Paje.)

ESCENA XIII

DON GONZALO y DON FERNÁN ALONSO.

GONZAL. Entre tanto que estuviere
este Enrique en la privanza
del Rey, que oírnos no quiere,
la que nuestra industria alcanza
seguridad poca adquiere.
Mas su muerte tengo urdida
si me quieres ayudar.

FERNÁN. De ella depende mi vida,
pues, sin él, hemos de estar
libres; no hay temor que impida
mi ayuda, trázala y muera.

GONZAL. Cada noche á rondar sale
el terrero, donde espera
que la Infanta le regale

con su vista, y de manera
en su esfuerzo se confía
que sin otra compañía
de su secreto y valor
se valen los de su amor,
probemos su valentía.
FERNÁN. Probemos; ¿mas de qué suerte?
GONZAL. Abrazaraste con él
y darle, que por fuerte
que sea, seguros dél
verá en tus brazos su muerte.
FERNÁN. Vamos, que la noche oscura
con su tiniebla asegura
nuestro intento.
GONZALO. Robles, vamos;
que si al Infante matamos
durará nuestra ventura. (Vanse.)

ESCENA XIV

Sale de peregrino SIMÓN VELA y DON ENRIQUE.

SIMÓN VELA.

Sali, señor, cual digo, de mi tierra,
entrando en Aragón por la montaña
de Jaca, que al francés el paso cierra;
los campos visité, que el Ebro baña
en busca de la Peña que te digo,
y juzgo que he de hallar en vuestra España.
En la ciudad de Huesca hablé conmigo
un caballero pobre, y desterrado
por la persecución de un falso amigo;
pidiome con secreto y con cuidado,
pues á Castilla el paso encaminaba,
(de cuyo Rey fué un tiempo gran privado)
si á don Enrique, Infante, en ella hallaba
le diese, sin testigos, este pliego
por la seguridad que en mí llevaba.
Prometilo y partime, Infante, luego
hasta Valladolid, donde he cumplido
con mi palabra y su amigable ruego.

ENRIQUE.

Contento con su carta he recibido;
que es un gran caballero y gran soldado,
aunque traidores le hayan perseguido;
restaurarle en Castilla he procurado;
mas como el Rey es mozo ha dado orejas
á dos malsines que andan á su lado.
Mas no tratando de esto ¿por qué dejas
la hacienda, que me dices que heredaste
y, peregrino, de París te alejas?

SIMÓN VELA.

Quisieron dar con mi esperanza al traste
nuevos cuidados de insufrible peso;
quisieronme casar, a questo baste;
de una mujer huyendo el grave peso
vengo cual ves.

ENRIQUE.

¡Oh, que discreto fuiste!

SIMÓN VELA.

La patria desprecié por no estar preso.

ENRIQUE.

(Aparte.) Ojalá yo también hubiera huido
y nunca, el nunca de un renglón leyera,

porque nunca viviera aborrecido.
¿Qué peña buscas, pues, de esta manera?

SIMÓN VELA.

Una que se intitula la de Francia
y donde mi descanso y paz me espera;
el cielo me promete allí ganancia
y una mujer de célebre renombre,
ejemplo de virtud y de constancia.

ENRIQUE.

Jamás he oído Peña de ese nombre,
ni juzgo yo que la haya en todo el mundo,
ni donde tal mujer merezca un nombre.

SIMÓN VELA.

Con todo eso, en registrar me fundo
á toda España.

ENRIQUE.

En esta villa, donde
tiene su Corte el rey don Juan segundo,
lo sabrás, porque aquí nada se esconde.
Ven conmigo, que eres muy discreto,
pues huyes los peligros.

SIMÓN VELA.

Corresponde
tu valor á tu fama, ¿aquí, en efeto,
sabré lo que deseo y me desvela?

ENRIQUE.

Informarme de todo te prometo.
¿Cómo es tu nombre?

SIMÓN VELA.

El mío es Simón Vela.

ENRIQUE.

Y el mío un hombre á una mujer sujeto,
que con medio renglón me desconsuela.

(Vanse.)

ESCENA XV

Sale la Infanta DOÑA CATALINA á una ventana, de noche.

Desnudo dios, rapaz invencionero,
¡qué ardid es enseñar á un amante!
Tú me enseñaste á hacer que fuese un guante
de mi secreto amor, mudo tercero.
Aquí, dudosa, la respuesta espero,
que si escribí «Esta noche ó nunca, Infante»,
es porque amor se goza en un instante;
que tiene la ocasión vuelo ligero.
En esta noche mi amorosa llama,
aunque con la vergüenza y amor lucho,
hará que la honra sufra y amor venza.
Aquesta noche ó nunca pierdo fama;
porque una vez el arriesgarla es mucho,
pero arriesgarla dos poca vergüenza.

ESCENA XVI

Sale don PEDRO solo y con una escala.—Dicha.

PEDRO. Hecho me habéis que trasnoche;
cumplid como prometéis,
papel, pues dicho me habéis

que busque al sol esta noche.
¡Cielo, haced mi dicha llana!
Saber si me esperan quiero.

CATALIN. Pasos oigo en el terrero.
PEDRO. Hablar siento en la ventana.
¡Oh, mas que dichoso amante!
¿Ah de arriba?

CATALIN. Pensamiento,
albricias de este contento
me pedid. ¿Es el Infante?

PEDRO. Es quien resucita agora;
puesto que estuve difunto.

CATALIN. Si es el Infante pregunto.

PEDRO. El Infante que os adora.

CATALIN. ¿Venís solo?

PEDRO. Acompañado,
más que yo quisiera, estoy.
CATALIN. Mal lo hiciste, yo me voy;
indiscreto habéis andado.
¿A tantos de mi flaqueza
dais parte?

PEDRO. Señora mía,
esperad, que es compañía
que adora vuestra belleza.
Acompañanme recelos,
sospechas, deseos, temores,
memorias, gozos, favores,
pensamientos y desvelos.
De todos éstos soy centro;
más no me contentarán
estas dichas, porque están,
mi Infanta, puertas adentro.
Mas, ¿de qué sirve, mi bien,
que el tiempo gaste en preguntas?
Pues las almas están juntas
juntos los cuerpos estén.

CATALIN. Aunque vergüenza y temor
el alma oprimen confusa,
lo que la fama rehusa
hace fácil el amor.
Subid, que es bien; pues él reina,
que á vuestra fe corresponda.

(Empieza á subir.)

ESCENA XVII

Salen el REY y DON DIEGO, Paje.

REY. Quiero ver qué gente ronda
á las damas de la Reina;
que entre las cansadas leyes
del Gobierno, y los cuidados,
una es vivir encerrados
en sus palacios los Reyes.
¡Qué buena noche!

PAJE. Excelente,
aunque obscura.

REY. No hay rondantes.

PAJE. Valladolid tiene amantes,
no de rejas solamente;
que son amigos de ver
y tras el ver desear,
tras el desear, hablar
y tras hablar, poseer;
y, como las de palacio
dan tan escaso el favor,
no hay en la Corte, señor,

REY. galán que esté tan despacio.
Favores por alambique
para muchos son regalo.

ESCENA XVIII

Salen DON GONZALO y FERNÁN DE ROBLES.—DICHOS.

FERNÁN. Este ha de ser, don Gonzalo,
el Infante don Enrique.
Mientras que con él me abrazo
á darle la muerte llega.

GONZAL. Nuestra privanza sosiega
en quitando esté embarazo.

FERNÁN. ¡Dá!e!

GONZAL. ¡Muera!

(Abrazase con el Paje y dále don Gonzalo, y entrase el Paje herido.)

PAJE. ¡Confesión!

REY. ¡Ah, gentes sin Dios ni ley!

GONZAL. ¡Muera ese otro!

REY. ¿A vuestro Rey?

¡Ah de mi guarda! ¡Traición!

(Vase el Rey.)

ESCENA XIX

GONZALO y FERNÁN. Después DOÑA CATALINA y DON PEDRO.

GONZAL. El golpe habemos errado.

FERNÁN. Por aquí en palacio entremós,
y en busca del Rey saldremos,
cada cual alborotado,
como quien viene ignorante
de este insulto.

GONZAL. Dices bien.

FERNÁN. Limpia, pues, la daga y ven.

GONZAL. ¡Que no fuera éste el Infante! *(Vanse.)*

PEDRO. Perdonad, señora mía;

que el Rey ha pedido ayuda
y es bien que á dársela acuda.

CATA. (1) ¿Mas si es el Rey?

PEDRO. Si sería,

que en la voz le conocí.

CATALIN. Vuestra vida el cielo guarde.

PEDRO. ¿He de volver hoy?

CATALIN. Ya es tarde;

adiós.

PEDRO. ¿Y mañana?

CATALIN. Si;

mas nó, que he de ser constante

y pues pasar has dejado

esta ocasión, ya ha llegado

desta noche el nunca, Infante.

(Vase y déjase colgando la escala.)

ESCENA XX

Salen el Infante DON ENRIQUE y SIMÓN VELA.

ENRIQUE. Téngote tanta afición,
desde que sé que dejaste

(1) En el original y en el ms. 15.632 todo esto lo dice D. Pedro; pero del contexto parece deducirse que habla también la Infanta. El impreso del siglo XVIII también está errado.

riesgos que, huyendo, excusaste
de una mujer, que en razón
de venir Simón conmigo,
puesto que lo has escuchado;
ya que mi amor te he contado
vengo seguro contigo.
¿Qué he de hacer?

SIMÓN. Volver en ti
y advertir que una mujer,
en materias de querer
en el no disfraz a sí;
y el roto papel señala
que hubo engaño manifiesto
en tu sospecha.

ENRIQUE. ¿Qué es esto?

¡Ay, cielo!

SIMÓN. Esta es una escala.

ENRIQUE. ¿Escala? Miralo bien.

SIMÓN. Escala es.

ENRIQUE. ¡Jesús, mil veces!

¡Jesús!

SIMÓN. Si vida apetece
huye riesgos, y harás bien,
De este modo amor regala.
ENRIQUE. ¡Ah, cruel! ¿Es bien que así
el nunca me des á mí
y á mi enemigo la escala?

¿Otro hombre admite tu sala?

¡Fuera vida, seso fuera!

porque primero que muera

publiquemos la verdad

pues estoy en la escalera.

Pecheros del ciego amor

si quietud queréis tener

no améis más, pues la mujer

consiente escalar su honor;

huid de la que es mejor,

porque sólo tiene asiento

su firmeza sobre el viento;

ejemplo bastante os doy,

pues, para el paso en que estoy,

que ni me engaño, ni os miento.

(Tiene en la mano el remate de la escala.)

¡Que en tan quebradizos vasos

la honra guardada esté,

porque al primer puntapié

se caiga! ¡Ah, bienes escasos;

escala vill! Estos pasos,

pasos de mi muerte son;

y pues los pies de un ladrón,

¡cielos! tales pasos dan,

en estos pasos están

los pasos de mi pasión.

ESCENA XXI

Salen el REY, DON GONZALO, FERNÁN ALONSO, gente y hachas.—DICHOS.

GONZALO.

Ninguno pudo ser, sino el Infante,
el agresor, invicto Rey; advierte
lo que te dije ayer, y que es amante
de la Infanta, y desea sucederte.
Información daré de esto bastante.

FERNÁN ALONSO.

Si no fuere verdad, danos la muerte.

GONZALO.

Ayer con cartas de Rui López, vino
un francés, disfrazado en peregrino,
quien á tu paje echó, señor, los brazos
creyendo ser el Rey, y pasó el pecho.
¿Quién duda que quitar los embarazos
quiso de su ambición y vil provecho?

FERNÁN ALONSO.

¿Quién se atreve á su Rey á hacer pedazos
sino quien ser rey quiere?

REY.

Ya sospecho
que la verdad me dices; en un cadahalso
pagarás tu traición, Enrique falso.
¿Qué gente es esta?

ENRIQUE.

Soy quien no quisiera
tener ser, por no ser tan desdichado.

GONZALO.

Don Enrique es.

REY.

Prendelde.

ENRIQUE.

¿Por qué? Espera.

REY.

¡Ah, lobo en piel de tigre disfrazado!
El preguntar por qué de esa manera
ya sé que es por venir disimulado
á encubrir tu traición: ya lo sé todo.

ENRIQUE.

¿Qué sabes? ¿Cómo me hablas de ese modo?

REY.

Prendelde.

ENRIQUE.

Si la Infanta ha sido mala,
¿qué culpa tengo yo que no te ofendo?
Infórmate quién es el que á su sala
subió por esa escala que estás viendo.

REY.

¿Escala, cielos? ¡Ah traidor! ¿Escala
en mi palacio? ¡Ave, ya te entiendo.
No echas la culpa á nadie, que tú has sido
quien mi palacio escala, y me ha ofendido.
Las armas le quitad.

ESCENA XXII

Sale DON PEDRO.—DICHOS.

PEDRO.

Por ver si puedo
la escala descolgar, que dejé en vano,
vuelvo al terrero.

ENRIQUE.

¡Buena, cielos, quedo!

GONZALO.

Este es don Pedro, del Maestre hermano.

REY.

Pues prendelde también.

ENRIQUE.

De tanto enredo,
la causa son traidores.

REY.

¡Ah tirano!

FERNÁN ALONSO.

Don Pedro; dad las armas.

PEDRO.

¿Quién me prende?

FERNÁN ALONSO.

El Rey.

PEDRO.

¿El Rey? ¿En qué de mí se ofende?

REY.

En que os hacéis también, don Pedro, cómplice
en los insultos del hermano vuestro.

PEDRO.

Poderoso señor, ¿qué insultos?

REY.

Basta;

mirades los papeles que traen, que ellos
declararán lo que Rui López Dávalos
les escribe en ofensa de mi vida.

PEDRO.

¿De tu vida, señor? ¡Primero el cielo...

ENRIQUE.

¡Ah traidor! Poco á poco vas echando
de Castilla á los buenos; que eres malo,
y temes no castiguen tus traiciones.

(Mira don Gonzalo las faltriqueras á don Enrique y Fernán Alonso á don Pedro, y sacantos los medios papeles.)

FERNÁN ALONSO.

Don Pedro tiene aquí medio billete.

GONZALO.

Y otro medio el Maestre don Enrique.

REY.

Cifras deben de ser con que se entienden.
Dadlos acá; la letra es una misma
y en un solo renglón dicen sus partes:
(Lee.) «Aquesta noche ó nunca, Infante.»

GONZALO.

¿Veslo?

La muerte, por alzarse con Castilla,
te concertaron dar en esta noche,
y por esa ocasión te acometieron
matándote á tu paje.

REY.

¡Ah, cielos santos,
que no sufris traiciones! Esta noche

me libró mi inocencia de la muerte.
De Rui López serán estos consejos,
por volver á Castilla.

ENRIQUE.

¿Hay tal desdicha?

SIMÓN VELA.

¿Hay lástima mayor?

REY.

Llevaldos presos.

PEDRO.

Advierte, gran señor...

REY.

Y á ese criado
que traen consigo, le pondréis al punto
á cuestión de tormento, porque diga
la verdad de este insulto.

SIMÓN VELA.

¿A mí?

REY.

Llevalde.

SIMÓN VELA.

El cielo ampare mi inocente vida.

REY.

Esté también mi loca hermana presa,
con gentes en su cuarto que la guarden.

ENRIQUE.

¡Ea, venid de golpe, males fieros!
Mas ¿qué no hará un traidor de un rey privado?

PEDRO.

¡Qué buen suceso tuvo mi amor loco!

REY.

¡Ah, traidores infantes!

FERNÁN.

Bien se ha hecho.

GONZALO.

Desde hoy verás crecer nuestro provecho.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Salen DON GONZALO y DON PEDRO, como preso.

GONZAL. El buen fin de este suceso
os será muy importante
si hacéis lo que os digo, Infante.
Dos meses ha que estáis preso,
sin dejar que os comunique
vuestro hermano su pasión,
porque en diversa prisión
tiene el Rey á don Enrique.
La Infanta ama á vuestro hermano
con voluntad excesiva,

y mientras Enrique viva
la pretenderéis en vano;
romped parentescó y ley,
que á esto obliga el ser amante,
atropellad al Infante,
decilde, don Pedro, al Rey
que darle la muerte quiso
cuando al paje le mató,
y que de este caso os dió
en aquel billete aviso;
y afeando la maldad
de tan bárbaro remedio
os rompió el papel por medio
y se llevó la mitad;
que él aquella escala puso
para alcanzar á la Infanta,
cuando con locura tanta
á matarle se dispuso;
que con Rui López concierta
por cartas, esta traición,
y en fin, que su pretensión
hubiera salido cierta,
si el cielo no le librara
aquella noche de muerte,
y, que el hablar de esta suerte
es por ser verdad tan clara.
Sabrá el Rey que le servís,
y yo, entonces, os prometo
de trazar que tenga efeto
la esperanza en que vivís.
De don Alvaro de Luna
gozo toda la privanza,
yo, vos sabéis lo que alcanza
con ellos dos mi fortuna.
Libradme vos de esta pena;
que, en fe de ventura tanta,
yo haré que os den á la Infanta
y el Estado de Villena.
Determinaos brevemente;
y advertid que si perdéis
un hermano, cobraréis
honra, estado y juntamente
un amigo que os convida
en la ocasión, que os advierte,
si no lo hacéis, con la muerte,
y si lo hacéis, con la vida. *(Vase.)*

DON PEDRO.

¡Consejo riguroso, vil acuerdo!
¡Traidor!, vencerme intentas, pero en vano;
mucho gano si esposa y vida gano,
mucho pierdo si ley y hermano pierdo.
Dejar esta ocasión no es de hombre cuerdo,
locura es ser traidor contra mi hermano.
¡Oh extraña confusión, oh amor tirano!
duermo al honor y á la pasión recuerdo.
Mucho puede un traidor que manda y priva,
mucho el amor con que combato y lucho,
mucho la sangre en que mi fama estriba;
mucho todo... Mas ¡ay de mí que escucho
decir que vence amor; pues amor viva;
que todo es poco cuando amor es mucho. *(Vase.)*

ESCENA II

La Infanta doña CATALINA y PADILLA.

CATALIN. El Rey es mozo y da oídos
á los dañosos consejos
de los traidores fingidos,
en años y engaños viejos,
y por eso son creídos;
y quiera Dios que no den
con el reino algun vaivén,
que quien los nobles destierra
hacer quiere á la paz, guerra.
PADILLA. Dices, gran señora, bien.
CATALIN. ¿Qué dirá el Rey de Aragón
y el de Navarra, Padilla,
viendo á su hermano en prisión,
y que así el Rey de Castilla
le atribuya tal traición?
¿Entiende que los soldados
de sus castillos dorados
(cuando á tantos hace injuria)
le han de librar de la furia
de dos reyes agraviados?
¿Entiende que no se ofende
el cielo de los rigores
con que sin culpa me prenden?
Mas, quien trata con traidores,
traiciones solas entiende.
Estoy, Padilla, sin seso.

PADILLA. La Reina doña María
¿qué dice, qué sienté de eso?

CATALIN. Viendo con la tiranía
que al Infante tienen preso,
sientelo como mujer;
mas no pudiendo vencer
del Rey injustos enojos,
todo lo libra en los ojos.

PADILLA. ¡Que de un traidor el poder
llegue á tanto!

CATALIN. ¿Qué se suena
de don Pedro?

PADILLA. Que saldrá
libre y Marqués de Villena.

CATALIN. ¿Marqués de Villena ya?
Alguna traición se ordena.

PADILLA. Hace por él don Gonzalo.

CATALIN. De esa suerte ya le igualo
con él; porque si un traidor
de don Pedro es valedor,
no es por bueno, más por malo.

Más si la traza que he dado
la razona el cielo cierta,
poco valdrá su cuidado,
que, para que abra la puerta
de la prisión; tengo hallado
un medio. Pero el secreto
ya sabes que...

PADILLA. Yo prometo
guardarle como hasta aquí.

CATALIN. Sí, hafás, porque tengo en tí
un confidente discreto.

Llámame á Benavides, pues,
que es de quien se fia el Infante,
y sabrás esto después.

Más ya le tengo delante.

ESCENA III

Salé BENAVIDES.—DICHA.

BENAVID. Beso, señora, tus pies.

CATALIN. ¿Pues cómo te ha sucedido?

BENAVID. Del modo que lo has pedido
al cielo.

CATALIN. ¿De qué manera?

BENAVID. Llevé un pedazo de cera,
y cuando hallé entretenido
al tal Alcaide (jugando
con otros) como que allí
su juego estaba mirando,
cuatro llaves imprimí
que en la cinta hallé colgando;
y el oro las contrahizo
á pedir de boca.

CATALIN. Bien.

BENAVID. El interés es hechizo
de todo barbado.

CATALIN. Ven

que tu ingenio solenizo.

Erazas me ofrece el amor
con que de mi Enrique impida
el peligro y el temor,
que no han de ofender su vida
un Rey mozo, y un traidor. *(Vanse.)*

ESCENA IV

*Salen DON PEDRO, libre, el REY, DON GONZALO y
FERNÁN ALONSO DE ROBLES.*

REY. En vos, don Pedro, desde hoy
muestras y señales hallo
de un leal y fiel vasallo.

PEDRO. A tus pies humilde estoy.

REY. Gozad en parte de pago
el Estado de Villena,
que dé á don Enrique pena;
que el Maestrazgo de Santiago
os diera también, á estar
en mi mano; mas después
que en el Convento de Uclés
los Treces haga juntar
y algunos Comendadores,
les diré, que será bien
que este ilustre cargo os den,
pues los merecéis mayores.
Don Alvaro el Condestable,
primo, se os ha de oponer,
y seréis cuerdo en temer
competidor tan notable;
pero, si de mano os gana
el Maestrazgo, yo os prometo
de hacer como llegué á efeto
el casaros con mi hermana.

PEDRO. Mil veces estos pies beso.

(Aparte.) Traidor he sido, mal hago;
más si me han de dar tal pago
cómo el que agora intereso,
y á la hermosa Infanta gano,
perdone el mundo mi error,
que por comprar tal favor
poco es vender á un hermano.

REY. Bien me habéis aconsejado;

(A los dos traidores.)

Bien me habéis aconsejado;

y aunque la paga sea poca,
don Gonzalo goce á Coca,
que es un lugar del Estado
de don Enrique.

- GONZAL. Esas plantas
sellen mis labios mil veces,
pues como yedra engrandeces
la humildad que en mí levantas.
- REY. A Fernán de Robles doy
también la villa de Arnedo.
- FERNÁN. Beso tus pies.
- REY. Aún no quedo
contento.
- FERNÁN. Tu hechura soy.
- REY. El Rey don Alfonso el quinto
de Portugal viene á verme;
que quiere satisfacerme
sobre si es ó no distinto
su oriental descubrimiento,
del mío, en el nuevo mundo.
En Salamanca me fundo
hacerle el recibimiento.
Lleven preso allá al Infante;
porque en presencia del Rey,
con el rigor de la ley
le dé el castigo bastante
y pidan satisfacción
sus hermanos; que las barras
y las cadenas navarras
temblarán de mi león. *(Vase el Rey.)*
- GONZALO. Por mi consejo, don Pedro,
estáis libre y sois Marqués,
y la Infanta, antes de un mes
será vuestra.
- PEDRO. Por vos medro.
- FERNÁN. El Rey don Juan el segundo
su Real palabra empeñó.
- PEDRO. Venderé por ella yo
no á un hermano, á todo el mundo.
(Vanse.)

ESCENA V

Sale don ENRIQUE, preso, y una GUARDA.

- ENRIQUE. ¿Amor de la Infanta ha hecho
traidor á mi hermano?
- GUARDA. Sí,
que el Rey se le da.
- ENRIQUE. Perdí
el bien que alentó mi pecho.
¿Que, en fin, mi hermano es privado
del Rey? ¿Que su amigo es?
- GUARDA. Y de Villena Marqués
porque todo vuestro estado,
ha dividido con él
con Estremera y con Robles.
- ENRIQUE. Podrá el Rey hacerlos nobles,
pero á nadie dellos fiel.
¿Hay más de nuevo?
- GUARDA. Más.
- ENRIQUE. Pues
dilo, no tengas temor.
- GUARDA. El Comendador mayor
ha convocado en Uclés
capítulo, como es ley;
que, como os da por desleal

contra la Corona Real
y os priva de todo el Rey,
quiere que elijan Maestre;
y don Alvaro de Luna
lo será, sin duda alguna.

- ENRIQUE. Con él su privanza muestre;
enrisque más su subida,
será más terrible el salto
que, á no estar Faetón tan alto,
no diera tan gran caída.
- GUARDA. Mándanme que os notifique
que la Cruz roja os quitéis
y que al Convento la enviéis
de Uclés, señor don Enrique,
para que libres estén
del homenaje que os dieron
el día que os eligieron.
- ENRIQUE. ¿La cruz me quita? Hace bien.
¡Cruz del Patrón español;
del alarbe noble estrago;

(Vásela quitando.)

Cruz del Apostol Santiago
y de mis tinieblas sol;
pesar de dejaros siento,
mas, pues que de vos me quitan
conmigo, sin duda imitan,
de Cristo el descendimiento!
A imitarle me apercibo,
aunque á Cristo, si lo advierto,
quitáronle de vos, muerto,
y á mí, en fin, me quitan vivo.
Pero, señales son estas
que estoy cerca de acabarme,
pues para crucificarme
me quitan la cruz de á cuestras.
Dásela á los que en pasiones
y envidias triunfaron ya,
que, muy bien parecerá
la cruz entre dos ladrones;

*(Bésala y pónela sobre una salvilla y
vase la Guarda.)*

y, déjame agora un poco
á solas.

- GUARDA. Infante, adiós. *(Vase.)*

ESCENA VI

DON ENRIQUE.

Hagamos cuenta con vos,
antes que me vuelva loco,
alma, que aunque me veis cuerdo
en sufrir y en padecer
ya no tengo que perder
si acaso el sexo no pierdo.
Ni mi peligro me espanta,
ni que traidor me haya sido
don Pedro, á su amor rendido.
Mas, que mi mudable Infanta
se me mostrase cruel
y premiase el rendimiento
de mi enemigo, esto siento,
pero no que aquel papel
que vino dentro del guante,
aunque corto, lisongeró,
decía, leído entero,
«Esta noche ó nunca Infante».

ESCENA VIII

DICHOS, menos el ALCAIDE.

- BENAVID. Ya es hora, señor, que cenes.
- ENRIQUE. No del manjar hagas cuenta;
que el alma que se sustenta
con pesares y desdenes,
al cuerpo ha dado alimento,
de recelos y pesar;
ya no admitiré manjar
que no le guise el tormento.

(Sácale la mesa puesta.)

Padilla, ¿aquí estás? Perdona,
que quien todo es frenesi
aún no se conoce á sí,
¿qué hará con otra persona?
Sirves, en fin, á la Infanta
y debiera hacer estima
de ti.

- PADILLA. Y ella se lastima
de tus riesgos.

ENRIQUE. Canta, canta.

PADILLA. ¿Qué quieres?

ENRIQUE. Algo que sea
congojoso.

PADILLA. ¿Para qué?

ENRIQUE. Esto yo y gustaré
de tonos de mi librea.

(Padilla canta y cena el Infante.)

PADILLA.

«Fernán Gozález, Conde perseguido,
asombro del Alarbe, estaba preso
en León, por la envidia, cuyo peso
el más firme valor tiene oprimido.
Pero su esposa, que contra el olvido
en bronce su renombre dejó impreso
la libertad le dió (notable exceso)
trocando con el Conde su vestido.
Durara eternamente lealtad tanta
en cuantas partes se despeña Febo,
porque en su luz su amor se comuniqué,
á no tener Castilla hoy otra Infanta
que con traza ingeniosa y amor nuevo
la libertad franquea á don Enrique.

ENRIQUE. ¿Libre yo? ¿Cómo lo sabes?

PADILLA. El cómo y el cuándo dejo
remitido á ese conejo?

ENRIQUE. ¡Jesús! ¿qué es esto?

BENAVID. Dos llaves
y una carta.

ENRIQUE. ¿Qué invención
me traes aquí Benavides?

BENAVID. Si al ingenio el amor mides,
llaves son de la prisión,
que para poder librarte
te envía la Infanta.

ENRIQUE. ¡Cielo!
que estoy soñando recelo.

PADILLA. La vida á venido á darte
quien te dió en su amor lugar.

ENRIQUE. Ya es dichosa mi prisión,
pues por ella la afición
conozco que he de adorar.
Padilla, ¿qué? ¿las envía
la Infanta?

El Rey así lo leyó
aunque el misterio no supo;
el «nunca Infante» me cupo;
pues ¿por qué la culpa yo?
Mas qué digo ¿si una escala
pendiente á sus rejas vi?
si la admitió contra mí
su insulto en ella señala.
¿Mas, si don Pedro la puso,
porque en el papel leyó
«esta noche»? Sí, mas no:
dejadme temor confuso,
que prisiones tan estrechas
no me dan tantos cuidados
como los grillos pesados
de celos y de sospechas.

ESCENA VII

El ALCAIDE, BENAVIDES Y PADILLA.—DICHOS.

BENAVIDES.

Ea, que ya pecáis de muy curioso;
¿no basta, que no hay vez que entre en la cárcel
que no me miren todos los vestidos,
sino que hasta la cena, que al Infante
traigo, me registréis?

ALCAIDE.

Este es mi oficio
y cumplo el orden que me tienen dado.

BENAVIDES.

Sí, pero más templado.

ENRIQUE.

Ola ¿qué es esto?

BENAVIDES.

El alcaide es, señor, que hasta los platos
me examina, por ver si traigo entre ellos
instrumentos, papeles ó quimeras,
que sueña con que rompas las prisiones,
hasta quitar la tapa de un conejo
que te traigo empanado.

ALCAIDE.

Benavides,

esta es orden del Rey.

ENRIQUE.

Y es justa cosa
hacer, Alcaide, lo que el Rey os manda.
Miraldo todo y registrad mi pecho,
que yo sé que no halléis en él afecto
menos que de leal y fiel vasallo.
Ojalá que también fueran visibles
los pensamientos que á mi Rey adulan,
saliera yo leal y ellos traidores.

ALCAIDE.

Para mí, gran Maestre, eso es sin duda;
pero es fuerza cumplir con lo que ordena
el Rey.

ENRIQUE.

Andad; hacedlo y no os dé pena.

(Vase el Alcaide.)